

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

CHIPRE, UN PROBLEMA SIN RESOLVER, ACASO INSOLUBLE

A primeros de junio, el Consejo de Seguridad acordó prorrogar durante seis meses más la presencia de los Cascos Azules en Chipre. La decisión no tiene incidencia sobre el fondo del problema existente en la isla. Por lo demás, los Cascos Azules no han impedido choques entre las dos comunidades enfrentadas. Tampoco los han agravado. Por tanto, la ONU puede darse por satisfecha con su acción en ese reducido escenario donde la tragedia era previsible no bien el 15 de agosto de 1960 Chipre accedió a la independencia provista de una Constitución que entrañaba conflictos. En efecto, establecía que en el mismo territorio dos comunidades tradicionalmente mal avenidas, mayoritaria una —la griega, 80 por 100 de la población—, minoritaria la otra —la turca, 17 por 100—, ostentarán poderes a la vez complementarios y distintos, imbricados en lo legislativo, en la administración y el ejército. Es decir, que concedía a la mayoría el mismo estatuto que a la minoría, lo que infringía de partida las reglas de una sana democracia. La existencia de dobles municipios, uno greco-chipriota, turco-chipriota el otro, en las cinco principales ciudades de la isla es el mejor exponente de una situación que, por aberrante, había de ser vivero de disputas y choques, aun cuando la intención que movió a redactar aquella Constitución fuera dar con una fórmula de compromiso entre las aspiraciones de Grecia y las exigencias de Turquía, ambas pendientes de favorecer a «su» comunidad. Todo sugiere que Gran Bretaña se preocupó de complacer a Turquía, factor de suma importancia geoestratégica, dado el papel que tenía asignado en el marco de la OTAN: cancerbero de los Estrechos y centinela del mundo occidental en el flanco sur de la URSS. De hecho, la solución de compromiso era bomba de efectos no muy retardados, por cuanto ya en 1964 se produjo el primer enfrentamiento entre las dos comunidades y, por ende, entre Grecia y Turquía.

Porque además de los inconvenientes señalados, la Constitución de 1960 no daba el golletazo a la tesis turca de partición de la isla o *taksim*. La división misma del poder ejecutivo entre presidente griego y vicepresidente turco, el poder legislativo basado en la proporcionalidad, así como la proporcionalidad establecida en la administración y el ejército sugerían la posibilidad de partición geográfica más o menos proporcional. En ella ha desembocado el largo pleito entre las dos comunidades después de la invasión turca del 20 de julio de 1974.

Hace ya dos años que las tropas turcas desembarcaron en Chipre y ocuparon el 40 por 100 del territorio invocando el Tratado de Garantías, cuando la minoría turca no había sufrido daño alguno del golpe de Estado del 15 de julio que derrocó al presidente Makarios. Pese a altos el fuego, negociaciones, conversaciones, reacciones condenatorias del Congreso de los Estados Unidos y demás intentos de resolver el problema, las tropas turcas siguen en Chipre ocupando casi la mitad del territorio, el de mayor riqueza agrícola, industrial y minera, y tres de las seis mayores ciudades: Kirenia, Famagusta y Morfú. Mientras, 200.000 greco-chipriotas han tenido que abandonar sus hogares a punta de bayoneta y vivir en campos de refugiados. De otra parte, con su presencia, las tropas turcas tienden a convertir en hecho consumado y consolidado la partición de la isla. No será la ONU la que pueda enmendar el entuerto. Con el envío de Cascos Azules ha llegado al límite de su capacidad operativa. Tampoco puede actuar decididamente la OTAN. Su libertad de acción es harto exigua. Turquía es elemento de peso en los planes de defensa. Es realidad que Turquía sabe valorar y carta que juega con energía y habilidad. En julio de 1975 dispuso el cierre de bases norteamericanas que permitían el control de los movimientos militares en el sur de la URSS y mar Negro. Era la represalia por el embargo de armas decretado por el Congreso. Recientemente el ministro turco de Asuntos Exteriores manifestó que Turquía cerraría con carácter permanente las 26 bases que los Estados Unidos tienen en su territorio de no ratificar el Congreso un nuevo tratado bilateral de defensa. ¡Grave caso de conciencia para los congresistas! Han de optar entre dar por buena la invasión de Chipre, su partición y consecuencias, una de ellas crear una especie de nueva frontera greco-turca, o prescindir de ese puntal de la defensa del mundo occidental que es Turquía en el Mediterráneo oriental.

Sin dar lugar a casos de conciencia, el 8 de junio el representante permanente de Grecia en la OTAN comunicó al Comité de la Alianza

Atlántica que su país se retiraba definitivamente de la organización militar. Al asumir el poder, el presidente Karamanlis advirtió que su país no podría permanecer en una organización incapaz de impedir la invasión turca de Chipre. La decisión adoptada no modifica la situación de Chipre, pero evidencia carencias de la OTAN. Si con ello impulsara a corregirlas, podría decirse que «no hay mal que por bien no venga». Porque la retirada de Grecia de la OTAN es incuestionablemente un mal. Lo agravan las elecciones presidenciales celebradas el 20 de junio en el sector de Chipre dominado por Turquía. Institucionalizan en suma la partición de la isla donde ya campea un presidente—Rauf Dentask—de la titulada República Federal de Chipre. El tiempo dirá qué consecuencias puede tener esa política de los hechos impunemente consumados, pues cabe dudar que Grecia se avenga a una resignada conformidad ante las sucesivas iniciativas turcas, singularmente cuando el pleito de la soberanía del mar Egeo y su petróleo está en el candelero.

LA REUNIÓN DEL GRUPO DE PLANES NUCLEARES

Por muy secretas que hayan sido las deliberaciones de los ministros de Defensa de siete de los países miembros de la Alianza Atlántica que integran el grupo de Planes Nucleares, reunidos en Bruselas el 14 y 15 de junio, se ha tenido noticia de los temas tratados sin necesidad de conocer el orden del día. La razón de que el secreto de las deliberaciones fuera un poco un secreto a voces es muy sencilla. Casi al alcance del hombre de la calle está el hecho de un desequilibrio estratégico en favor del Este que preocupa a la OTAN y ha movido al canciller Schmidt a pedir a los Estados Unidos que aumenten sus efectivos en la República Federal. Accediendo a su petición, de aquí a finales del año en curso 16.000 soldados norteamericanos de las tropas especiales se trasladarán a la República Federal. Por tanto, cabe admitir que no andaba descaminado el general británico John Sharpe al declarar recientemente: «El flanco norte de la OTAN no seguirá siendo eternamente el rincón tranquilo de Europa.»

Lo es o parece serlo en particular desde que las dificultades surgidas con Grecia y Turquía en el conflictivo Mediterráneo oriental y el eurocomunismo de Italia y Francia llevan a fijar insistentemente la atención en esa parte del globo. Dada la limitada capacidad atencional de los seres humanos—y por ende, de los medios informativos—, ese clavar los ojos en el Sur, estorba atender la actividad que la URSS

despliega a la rosa de los vientos y, en lo que a Europa atañe, singularmente en el Báltico y hasta el Océano Glacial Artico, región donde no faltan situaciones susceptibles de ser explotadas. Tal es el caso de Finlandia, cuyo frágil equilibrio sufre la acometida de oleadas de huelgas combinadas con crisis gubernamentales, una de las cuales duró seis meses y concluyó con un gobierno de coalición comprensivo del Partido Comunista, que, con sus 50.000 afiliados, tiene el 20 por 100 de representación parlamentaria. Con independencia de lo justificado o no justificado de la postura de Islandia en su pleito pesquero con Gran Bretaña, el hecho es que fue el Partido Comunista islandés, notablemente pro soviético y con un 17 por 100 de diputados en el Parlamento islandés, el que llevó la voz cantante de reivindicaciones nacionalistas que, de no haber cedido Londres, tan graves perjuicios hubiera ocasionado al sistema defensivo occidental.

Por lo demás, la actividad soviética no se limita a países soberanos en los que tiene su quinta columna. Así se ha señalado que entre los esquimales de Groenlandia cunde la propaganda encaminada a su separación de Dinamarca y, por vía de consecuencia, de la OTAN, que dispone en Thulé de una importante base aérea establecida por los Estados Unidos en 1945. Las islas Feroe, no obstante su amplia autonomía de Dinamarca, también son objeto de solícita propaganda separatista, tendente a perjudicar la Alianza Atlántica, sometida a la táctica del movimiento envolvente. Mas no son éstos los únicos embates que padece Dinamarca, que tiene un Partido Comunista claramente minoritario (3,3 por 100 de los escaños en el Parlamento en las elecciones de 1975). Los padece junto con la neutral Suecia en razón de la actividad soviética en el norte de Europa. Así, a diario, numerosos barcos soviéticos de todo tipo cruzan el Cattegat, mientras se registran vuelos de reconocimiento por encima de la isla Bornhol, aparte de los ejercicios de desembarco efectuado en Peenemunde, antigua base de lanzamiento de los V-1 y V-2, situada en la costa báltica de la República Democrática, a pocos kilómetros de la línea divisoria con la República Federal. Hasta el año en curso, esos ejercicios se habían efectuado en la costa soviética del Báltico. Tal vez la elección del nuevo escenario se deba al Tratado de Amistad, Cooperación y Mutua Asistencia suscrito el 7 de octubre de 1975 entre Pankov y Moscú para «adoptar todas las medidas necesaria para la defensa de las conquistas históricas del socialismo», defensa que requiere la presencia en territorio de la República Democrática de 350.000 soldados soviéticos. Estos realizan numerosos ejercicios «de rutina». De no serlo, se verían amenazados el *land* de Schleswig-Holstein, desde lue-

go Hamburgo, Kiel y Lübeck y asimismo Dinamarca. La amenaza es pura hipótesis de dar crédito a la distensión y a los acuerdos de Helsinki, pero, en opinión de miembros de la OTAN, son tantas y de tanta amplitud las maniobras de las fuerzas armadas de la URSS en esa región, «que sería extremadamente difícil distinguir un ataque real de una maniobra normal». Dicho en otros términos: los mandos de la OTAN no excluyen totalmente la eventualidad de un ataque por sorpresa llevado a cabo con armas convencionales, lo que explicaría la furia armamentista de la URSS en materia de cañones, carros, aviones y demás medios de la guerra clásica.

¿Qué entonces de la disuación originada por el arma atómica? Sigue en pie a nivel estratégico, pero al ser mutua paraliza a ambas superpotencias, seguras ambas de que la primera que la utilizara sufriría los efectos de incalculable destrucción de la réplica del adversario, en ningún caso privado de todo medio de reacción aniquiladora. Una de las decisiones adoptadas en Bruselas ha sido reducir el número de cabezas nucleares tácticas situadas en Europa y aumentar el de los misiles a bordo de submarinos que, por ser menos vulnerables, permiten un mayor grado de seguridad. Es decisión que carga el acento en las fuerzas nucleares tácticas y, por consiguiente, en las fuerzas clásicas, marginando el tercer elemento de la trilogía defensiva aliada: las fuerzas estratégicas, las del holocausto nuclear. El desarrollo mismo de los medios convencionales soviéticos y los del Pacto de Varsovia, combinado con todos los recursos de la estrategia indirecta que efectúa una labor de zapa en el campo del virtual adversario, sugieren que la meta de hegemonía que persigue la URSS no pretende alcanzarla demencialmente, provocando una destrucción apocalíptica del mundo. Es decir, que acaso la llamada guerra clásica no haya dicho la última palabra en el confuso y volcánico final del siglo xx.

AL MARGEN DEL CONFLICTO DEL LÍBANO

El deslumbramiento originado por la guerra del Líbano deja en la sombra o la penumbra la actividad que mueve a desplegar un conflicto que, sobre amenazar la existencia misma de ese país, está asediando un golpe a la unidad del mundo árabe tal como se manifestó en 1973, poniendo en peligro el *statu quo* entre «conservadores» y «progresistas». Así el viaje que a mediados de junio el presidente Sadat hizo a Irán, los emiratos del golfo Pérsico y, finalmente, a Riad, pasó un poco sin pena ni gloria. Sin embargo, no carecía de relevancia y

sus resultados prácticos no han sido negativos, en particular en Arabia Saudita.

En lo que a Irán respecta, confirmó que el mundo árabe razonable reconoce el papel que ese país desempeña en el Medio Oriente, donde se esfuerza por establecer una política regional efectiva. Es política que señala su situación geográfica sin necesidad de invocar la Historia. Irán está en la intersección de tres zonas conflictivas, cuales las del largo pleito árabe-israelí, el subcontinente indio y el golfo Pérsico, en las que se han registrado nada menos que siete guerras desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial. Si a esta circunstancia se agrega que en el golfo Pérsico están situados los principales países productores de petróleo del mundo, se evidencia la ineludible necesidad de que Irán asumiera el reivindicado relevo de Gran Bretaña para garantizar la seguridad e integridad de esos países, asegurar la paz y mantener un *statu quo* vital para todos ellos y asimismo para el mundo occidental.

Es decir, que aunque el conflicto libanés diste geográficamente de Irán, Teherán no puede desentenderse del desarrollo de acontecimientos en los que están implicados intereses regionales y foráneos, algunos antagónicos que muestran cuán trabados están entre sí los problemas del Mediterráneo oriental, del Pérsico y, por vía de consecuencia, del océano Indico. En la actualidad allí sitúa Irán su frontera defensiva por considerar que la anterior de la entrada del golfo Pérsico ya no responde a la realidad política y estratégica del presente. La construcción de una base aeronaval cerca de la frontera de Pakistán, complemento de la de Bandar Abbas, en el estrecho de Ormuz, es exponente de la preocupación iraní por ampliar sus líneas defensivas, mantener la región a salvo de cercos que asfixiarían su economía y estar preparado en caso de serio resquebrajamiento del edificio árabe por la división entre «conservadores» y «progresistas». Actualmente el edificio cruje en razón del conflicto libanés, lo que puede provocar tensiones susceptibles de desembocar en un nuevo choque árabe-israelí con intervención de terceros, altamente peligrosa para una región en la que Irán apunta a ser elemento moderador y estabilizador. De ahí que el viaje del presidente Sadat tuviera visos de acertada medida precautoria ante una eventual ampliación de la guerra del Líbano.

Tácitamente más que expresamente, Arabia Saudita actúa a su vez en esa línea política, compensando su menor capacidad militar con el prestigio de que goza en el mundo árabe por motivos políticos, religiosos y económicos. En suma, la visita del presidente Sadat a

Ryad ha rizado el rizo de la visita a Teherán y, en lo inmediato, ha alcanzado el resultado de resolver las diferencias existentes entre El Cairo y Damasco, que tan agria disputa mantenían desde que Egipto se alineó con la política preconizada por el doctor Kissinger en el Cercano Oriente. La negativa de Siria a pasar por el aro norteamericano llevó a contraponer un sensato y pacífico Egipto inclinado a Occidente a una Siria belicosa, supeditada a la URSS, puntal de la revolución palestina y dispuesta a convertirse en democracia popular.

La intervención directa del Ejército sirio en el conflicto libanés del 31 de mayo dio al traste con ese esquema maniqueo. Tal intervención no se llevó a cabo de entrada para favorecer a los «islamo-progresistas» del Ejército del Líbano árabe, del teniente Jatib, los seguidores de Kamal Jumblat y las organizaciones palestinas, sino más bien los cristianos conservadores amenazados de exterminio a principios de junio. De otra parte, no se hubiera realizado de no haber hecho por lo menos la vista gorda los Estados Unidos e incluso Israel, alborotadísimo anteriormente ante esa eventualidad. Finalmente, la reconciliación misma de Egipto y Siria sugiere que, a despecho de protestas y decisiones de la Liga Árabe y de la ira de ciertos países árabes, no faltan Estados que se avienen a una solución siria del problema del Líbano, porque sobre no perjudicar sus intereses mantendría las respectivas posiciones políticas y la no guerra en la región (la paz, ¿es palabra adecuada?). Esa solución pretendía ser posiblemente colocar bajo el protectorado de Siria el territorio libanés, que Siria considera parte de su territorio desgajado por las maniobras de Francia durante su mandato.

Todo muestra que Egipto ha reconsiderado totalmente una postura que a primeros de junio llevó el ministro egipcio de Asuntos Exteriores a declarar: «La entrada (en el Líbano) del Ejército sirio concuerda con los objetivos israelíes.» Era un error enfocar así la intervención siria y una ofensa inferida a un país que, como todos los países árabes y no árabes, ha de pugnar políticamente en provecho y defensa de sus intereses nacionales, haciendo abstracción, llegado el caso, de compromisos morales. Asimismo sería un error estimar que el general Assad se ha pasado al campo occidental por haberse inclinado hacia la pro occidental facción libanesa. Daba la casualidad, cabe decir, de que en esta circunstancia el interés nacional sirio coincidía con el del mundo occidental y el de los países árabes no entrañables enemigos de Occidente en razón de sus intereses bien entendidos. El viaje a Moscú del rey Hussein de Jordania evidencia que no es prudente encasillar definitivamente en pro occidentales o pro soviéticos a los diri-

gentes árabes que en política exterior se guían por sus intereses inmediatos. Tampoco es prudente encasillar a los dirigentes no árabes. No es preciso acudir a la Historia para comprobar que el odiado enemigo de ayer puede convertirse en el fiel aliado de hoy y viceversa.

LA CONFERENCIA DE PARTIDOS COMUNISTAS EUROPEOS DE BERLÍN

Salvando obstáculos y venciendo dificultades, Leonid Breznev logró reunir el 29 y 30 de junio en Berlín esta Conferencia Europea de Partidos Comunistas, a la que asistieron los dirigentes comunistas de todos los países de Europa, incluso los supuestos heterodoxos Berlinguer y Marchais. Ni siquiera faltó el mariscal Tito, que antaño rompió ruidosamente con Moscú, pero que desde la cita de Kiev, a finales de 1973, ha emprendido el camino de Canosa, tratando acaso de que después de su muerte la URSS sea benévola con su país. Sólo se echaba de menos la autoexcluida y maoísta Albania en ese concilio comunista, que no cónclave, como se ha dicho reiteradamente, por cuanto en Berlín no se ventilaba elección alguna y si cuestiones de ortodoxia y disciplina. En suma, para el observador, lo interesante de la Conferencia de Berlín es aquilatar hasta qué punto el «eurocomunismo» que ha saltado a la palestra supone una grieta en la unidad del marxismo-leninismo, cuyo jefe de fila es incuestionablemente la URSS. Casi dos años de esfuerzos le costó a Breznev reunir a los dirigentes comunistas de Europa toda. Otro tanto sucedió con la Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación, cuyo resultado más positivo ha sido consagrar las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, fue un éxito para la URSS. También es un éxito para la URSS la Conferencia de Berlín, a despecho de que los dirigentes del Partido Comunista italiano quisieran cargar el acento sobre la autonomía, lo que excluía directivas o vinculaciones con carácter imperativo.

Sin embargo, aunque «los tiempos del Komintern y el Kominform han pasado», como dijera Giancarlo Pajetta, miembro de la delegación italiana, y que en su día Jrushev declarase que no podía haber «un modelo único» de socialismo, se evidencia que en Berlín no se ha modificado un ápice la filosofía del marxismo-leninismo. Desde luego, se ha producido un cambio, pero estrictamente semántico. La «internacional proletaria», que «conserva toda su importancia y actualidad», en criterio de Breznev, pasa a denominarse «solidaridad

internacional», concepto que puede dar mucho juego. En todo caso recuerda que las sirvientas o muchachas de servir son actualmente «empleadas del hogar», sin que sus funciones sean otras que por lo pasado. Bien es verdad, de otra parte, que en su intervención Leonid Breznev admitió que «cada partido tiene que adaptar su estrategia a las situaciones especiales en que se desenvuelve», extremo éste que no es una novedad. Ya señaló Lenin que todas las tácticas son válidas para conseguir la victoria o conservar la ventaja; incluso hubiera dicho, de vivir en nuestros días, como dijo Breznev, «la alianza con social-demócratas y cristianos para luchar contra el imperialismo», que, es obvio puntualizarlo, está constituido por cuanto no sea comunista. A pesar de esas aparentes claudicaciones, los comunistas «siguen siendo revolucionarios», mientras que «sólo es democrático aquello que sirve a la construcción y expansión del comunismo», como escribió recientemente en la revista *Problemas de la paz y del socialismo* Ponomarev, intérprete del pensamiento de Breznev. Dicho en claro: el comunismo, en cualquier país que actúe, no renuncia a sus objetivos. Por si alguna duda quedara al respecto, Breznev concretó: «... en fin de cuentas esas actitudes, en apariencia diferentes, no tienen más que un objetivo común». De ahí que el «eurocomunismo», con su tranquilizador acatamiento de las reglas de la democracia occidental que no le estorban, haya conseguido el visto bueno de los partidos comunistas más ortodoxos reunidos en Berlín, empezando por el PCUS, pues todos los caminos desembocan en la encrucijada del socialismo, según los ideales de Marx, Engels y Lenin, que no están caducos para los comunistas.

No lo están, pese a la adaptación de ciertos partidos comunistas europeos a la realidad política, social y económica de los países donde desarrollan su actividad. Tampoco están caducos los trechos que separan los dichos de los hechos en lo que al comunismo respecta. Presente está en las memorias —o debiera estarlo— que en Karlo Vary (1967) se encomió la cooperación de todos los partidos comunistas europeos, el diálogo entre comunistas, socialistas y social-demócratas y una amplia autonomía de los partidos comunistas de cada país, como se ha reiterado en Berlín. Un año después Checoslovaquia supo a qué atenerse en cuanto a los límites de la autonomía de su partido comunista, si bien en la Conferencia Mundial celebrada en Moscú en 1969 se trató de desvirtuar la invasión, previa reafirmación del derecho de cada partido a la independencia, con esta casuística declaración: «Cada partido es responsable ante su clase obrera, ante su pueblo y ante la internacional comunista.» O sea, que la invasión

de Checoslovaquia se llevó a cabo en función de la responsabilidad contraída por Checoslovaquia ante la internacional comunista, de la que la URSS fue mero representante.

El extenso documento final que da cuenta de lo acordado en Berlín no se contradice en ninguno de sus extremos con los puntos señalados por Breznev en su intervención. Por tanto, cabe suscribir lo dicho por *La Nazione*: «Los partidos comunistas, incluso en su diversidad, mantienen intactos los cánones y dogmas fundamentales que los cimentan en un todo único.» No en vano se ha asimilado el comunismo a la antiiglesia católica, una Iglesia Católica cuyos dogmas no cambian por muchos concilios que celebre.

VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS DEL PRIMER MINISTRO AUSTRALIANO

Por los medios informativos pasó poco menos que inadvertido el viaje que en el pasado junio hizo el nuevo primer ministro de Australia, Malcolm Fraser, a la República Popular China. Sin embargo, este viaje, como la visita iniciada el 26 de julio a los Estados Unidos, es consecuencia y exponente del gran cambio que ha sufrido la situación política en el sureste asiático y el Pacífico una vez finalizada la guerra del Vietnam, casi consumada la retirada norteamericana de esas áreas del globo y rematado el abandono británico de Malasia y Singapur. En lo que a Australia respecta, tal situación implica que se queda un tanto o un mucho al garete ese miembro de la Commonwealth que se ha calificado de «híbrido», por darse la circunstancia de ser un país blanco de sólo 14 millones de habitantes, inserto en áreas asiáticas y del Pacífico; en suma, un trozo de Europa con desarrollo económico, técnico y cultural similar al de Europa, considerables recursos naturales, en particular mineros, pero desgajado del Viejo Continente del que dista miles y miles de kilómetros.

La coalición liberal, que ganó las elecciones de diciembre de 1975 y encabeza Malcolm Fraser, da muestras de haber tomado clara conciencia de los problemas de seguridad y defensa que se derivan tanto de la retirada anglonorteamericana del sureste asiático como de la creciente actividad soviética en esa zona del mundo. De la preocupación que originan estos hechos y de la postura del gobierno de Canberra frente a la URSS es prueba la comunicación hecha a Moscú a los pocos días de asumir el poder según la cual Australia no reconocía la soberanía soviética sobre las repúblicas bálticas de Letonia, Lituania y Estonia.

Partiendo de esa toma de posición tan rotunda como vana frente a la URSS, considerada como una amenaza imperialista, con independencia de la ideología, cabe decir que se imponía el viaje del primer ministro australiano a Pekín, donde se entrevistó largamente con Hua Kuo-feng, abordando los temas que alimentan la discordia entre los dos gigantes comunistas, sin excluir, por supuesto, la posibilidad de desarrollar las relaciones políticas, económicas y culturales con China Popular y las naciones del sureste asiático. En realidad esa política de acercamiento a Asia no la ha puesto enteramente en el telar el primer ministro Fraser. Su antecesor, Whitlam, antes de su fulminante destitución de noviembre de 1975 por el gobernador general, ya había hecho pinitos por el camino de la cooperación regional a través del Plan Colombo y el ASEAN, creado en 1967, y que agrupa a Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia. Por tanto, se había iniciado el proceso tendente a que Australia se definiera cada vez más como país asiático cuyos intereses no son estrictamente los de un miembro blanco de la Commonwealth o de un aliado de los Estados Unidos a través del ANZUS y la SEATO. Pero las tendencias socialistas de Whitlam llevaron a acentuar la desvinculación de los Estados Unidos sin aliado de recambio. El proyecto de mayor integración regional no lo reconsidera el nuevo gobierno australiano. A tal conclusión lleva la visita a Pekín del primer ministro, aunque paralelamente se esfuerce en mantener la presencia norteamericana en esa zona del mundo como único medio de atajar la expansión de la URSS, que tiende a pasearse como Pedro por su casa por la parte occidental del Pacífico y el océano Índico, sin mencionar los estrechos. De ahí que, lograda la posibilidad de desarrollar la tesis antisoviética que Fraser ya sustentaba cuando era ministro de la Defensa, haya dado facilidades a los barcos nucleares de la VII Flota en los puertos australianos. Semejante medida pretende ser el primer paso hacia un acuerdo de mayor cooperación con los Estados Unidos, que Malcolm Fraser ha tratado de negociar en sus conversaciones con el presidente Ford y Henry Kissinger con motivo de su estancia en Washington, a un tiempo que se congratula de la construcción y desarrollo de la base de Diego García, atalaya y baluarte en el centro del Índico.

La polvareda que levantó en el Congreso precisamente el establecimiento de esa base da idea de las dificultades con que habrá de tropezar el primer ministro Fraser para conseguir que el Ejecutivo norteamericano, coartado por el Congreso y presionado por la opinión pública, reconsidere su política de distensión, que realmente ahorra sinsabores y sacrificios en lo mediato, pero que, en criterio de Fraser,

adornece a los Estados Unidos y les lleva a olvidar su papel de líder. El caso es que basta cotejar la situación de los Estados Unidos en el sureste asiático y el Pacífico a raíz de la Segunda Guerra Mundial con la actual para que se imponga que no ha ganado puntos, cuando menos. Entonces los Estados Unidos gozaban de una posición prioritaria en aquellas regiones del mundo de la que se retiraban o estaban en vísperas de retirarse las potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia. La URSS centraba su atención en Europa, en la consolidación de sus conquistas bélicas y zonas de influencia. China estaba enzarzada en la guerra civil. Japón sufría las consecuencias de su derrota y no significaba nada. En la actualidad, la URSS se proyecta en el sureste asiático y océano Indico, aparte de otras zonas y continentes. China es potencia atómica y superpotencia en ciernes, aunque se niegue a serlo. Japón tiene un enorme peso específico en la economía mundial y está abocado a desempeñar relevante papel político.

Ante este nuevo planteamiento de la cuestión, ¿pueden los Estados Unidos rehuir el estar presentes de algún modo en esas áreas eventualmente conflictivas? Si el primer ministro Fraser estima que no, China Popular comparte ese criterio. Después de denostar durante años el «imperialismo yanqui», se muestra preocupada de que los Estados Unidos pudieran volverle la espalda a Asia, dejando el campo libre a la URSS, por considerar que ese «imperialismo yanqui» es mal menor comparado con el expansionismo voraz de los soviéticos. Por tanto, el estrechamiento de vínculos ya existentes entre Washington y Camberra, que llevó a Australia a participar en la guerra del Vietnam con el 5 por 100 de su presupuesto militar, lejos de incomodar a Pekín va en el sentido de sus deseos. En cambio, Filipinas, tan unida a los Estados Unidos, trata de ponerse al par entre los Estados Unidos, China Popular y la URSS, como sugiere el viaje a Pekín de la esposa del presidente Marcos y la visita del propio presidente Marcos a Moscú a finales de mayo. Como se impone las fórmulas que cabe adoptar ante problemas de tensiones latentes, expansionismos, seguridad y mantenimiento de la paz, que son los que se dan en la región del sureste asiático y el Pacífico, son varias, ya que, por desgracia, no se conoce en política, sea ésta interior o internacional una única solución válida, como en matemáticas. Por eso la política tiene mucho de arte.